





CONVERSACIONES, 1
KAREN BLIXEN

- © de esta edición: Confluencias, 2013
- © de la traducción: Cristina Riera Canalias
- © del prólogo: Marianne Wirenfeldt Asmussen
- © de las entrevistas: sus respectivos propietarios
- © de la entrevista nº3: *The Paris Review*
- © de la foto de portada: Det Kongelige Bibliotek

Revisión de la traducción a cargo de Begoña Romero García
Maquetación y diseño de Carlos Pranger

ISBN: 978-84-941691-0-6
Depósito Legal: AL 787-2013

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

«Ser fiel a la historia»

CONVERSACIONES

con

KAREN BLIXEN



Prólogo de

MARIANNE WIRENFELDT ASMUSSEN

Selección y traducción de

CRISTINA RIERA CANALIAS



CONFLUENCIAS
EDITORIAL



ÍNDICE

Prólogo	9
I. Concédanles doscientos años más de paz	19
II. El Premio Nobel	29
III. Conversaciones en Roma	33
IV. Encuentro con Marilyn Monroe	61
V. En París, con Bernard Pivot	65
VI. Entrevista con Daniel Gillès	73
VII. Última entrevista	77



PRÓLOGO

Marianne Wirenfeldt Asmussen¹

S*amtaler med Karen Blixen* (*Conversaciones con Karen Blixen*): así se titula el libro de Else Brundbjerg publicado en el año 2000. La obra reúne las entrevistas realizadas a Karen Blixen (1885-1962) desde su estreno literario con *Seven Gothic Tales* (*Siete cuentos góticos*) en 1934, hasta los últimos años de su vida. En las páginas que siguen se recoge, por primera vez en español, una breve selección de dichas entrevistas. El arte de entrevistar se pone a prueba en cada uno de los encuentros con Karen Blixen. En una de las ocasiones, Karen Blixen comienza preguntando al invitado si viene en calidad de amigo o como entrevistador, tras lo que el entrevistador danés señala que bien le podría haber preguntado si

1 Fundadora y directora de la *Casa Museo de Karen Blixen*, Copenhague, Dinamarca, de 1990 a 2009.

venía como amigo o enemigo. Más adelante, Karen Blixen reconocerá sin tapujos ante un entrevistador anglohablante que no le gusta que la entrevisten, puesto que considera que es como someterse a un examen y ¡quién es capaz de sentirse inspirado cuando le están examinando! No obstante, por fortuna, accederá a ser entrevistada a lo largo de toda su vida.

Karen Blixen advierte desde un primer momento la singularidad del contexto que rodea una entrevista y de sus reglas de juego. Rara vez tiene lugar una entrevista en el sentido literal de la palabra, como intercambio verbal entre iguales en una conversación recíproca. Las entrevistas con una «narradora de historias», como se autodenominaba Karen Blixen, derivan a menudo en un monólogo, y en el espacio de veinticinco años que cubre la presente recopilación, Karen Blixen asumió cada vez más el papel entrevistada que marca la pauta.

Karen Blixen nació el 17 de abril de 1885 en Rungstedlund, una hacienda situada en la larga carretera costera de Strandvejen, a medio camino entre Copenhague y Elsinor, en Dinamarca. Era la mediana de tres hermanas, a las que más tarde se unirían dos hermanos. Las niñas fueron educadas con los valores característicos de la alta burguesía. Mientras ellas recibían instrucción en el hogar familiar, los niños acudían a la escuela. El padre, Wilhelm Dinesen, procedía de una estirpe de terratenientes, y tras haber sido militar y vivido entre los

indios de América del Norte dedicándose a la caza, se convertiría en escritor y político. Contrajo matrimonio en 1881 con la joven Ingeborg Westenholz.

La familia sufriría una profunda conmoción y pérdida cuando Wilhelm Dinesen se suicidó en 1895 con tan solo cincuenta años, dejando la completa responsabilidad de los niños a su esposa. Este suceso se convertiría en un tema recurrente para Karen Blixen, y constituye la primera de una sucesión de pérdidas que marcarían tanto su vida como su obra.

Poco antes de cumplir treinta años, se prometió a su primo segundo, Bror von Blixen-Finecke. Se casaron en Mombasa, en 1914, y se establecieron en el África Oriental Británica, la actual Kenia. A partir de ese momento, se instalaron en una plantación de café a las afueras de Nairobi, que sería administrada en un principio por Bror von Blixen-Finecke y luego, desde 1921, por la baronesa, al haberse iniciado el divorcio que se haría efectivo en 1925. En 1931, tras la quiebra de la plantación, Karen Blixen se vio obligada a regresar a Dinamarca. Sus años en Kenia quedaron plasmados literariamente en *Memorias de África*, publicado en 1937 en lengua inglesa y danesa, redactadas ambas versiones por la propia Blixen. El libro se escribió en Dinamarca, para lo cual la autora se sirvió de la nutrida correspondencia que había enviado desde África, sobre todo a su madre.

Su prolongada estancia en África, así como el entusiasmo que sentía por los africanos y el encuentro con esta nueva cultura, serían determinantes

tanto en su estreno literario como en sus vivencias personales durante el resto de su vida. Fue durante sus años en África donde esta joven de Rungsted alcanzó la madurez. Sin embargo, cuando le resultó imposible seguir viviendo como agricultora en una cultura diferente y con la suficiente libertad personal, se sintió obligada a buscar un nuevo punto de partida. Bien entrada en los cuarenta, Karen Blixen no tuvo otra alternativa que regresar a su hogar de la infancia, quebrantada de cuerpo y alma. La temática de la pérdida, iniciada con la muerte del padre, fue cobrando fuerza dolorosamente hasta 1931: vio cómo fracasaba un matrimonio en el que había depositado todas sus esperanzas; perdió al que probablemente fuese el gran amor de su vida, Denys Finch Hatton, fallecido en la primavera de 1931 tras estrellarse su avioneta en Kenia; y vio también desvanecerse ese mismo año la obra cumbre de su vida: la plantación en la que había invertido su patrimonio, sus energías y su corazón.

Tras haberlo perdido todo, decide comenzar de nuevo dotándose para ello de una identidad literaria: el seudónimo de Isak Dinesen. Si bien ya se había iniciado en el mundo de la escritura a una temprana edad con la publicación de obras menores, no sería hasta su regreso a Dinamarca cuando comenzase su andadura literaria, aunque en los difíciles años finales en África había retomado la actividad literaria. Dos de los cuentos de su primer libro *Siete cuentos góticos* nacieron en África. Escribió en inglés por-

Prólogo

que consideraba que la temática del libro resultaría demasiado fabulosa y fantástica para el público danés. El realismo literario imperante en la literatura danesa de la época se encontraba demasiado alejado de su estilo, más afín a las expresiones inglesas del momento. Su primer libro no trataría sobre África, tierra que acababa de abandonar y cuya pérdida sentía todavía como demasiado reciente y profunda. La publicación de la obra en lengua inglesa se convirtió en todo un éxito y se proclamó *Book-of-the-Month* en los Estados Unidos antes de su publicación, lo que le valió una gran tirada: un estreno sin duda extraordinario para una escritora de edad madura, pero novata.

Karen Blixen aparece por primera vez en una entrevista al haber encontrado su nueva identidad como escritora, Isak Dinesen. Embaucaba a sus lectores y no deseaba que supiesen quién se escondía detrás del nombre de *Isak*. Dinesen era su apellido de soltera y eligió Isak tanto por la identidad masculina que evoca el nombre como por su alusión al Isak [o Isaac] bíblico. Con este nombre de raíces hebreas que significa «el que ríe» deseaba hacer hincapié en el sentido del humor, que tanta importancia revistió para ella. Esta primera entrevista tendría lugar en su casa natal de Rungstedlund, que serviría asimismo de marco para gran parte de las entrevistas posteriores. Este hogar natal, donde nacieron también la mayoría de sus obras, abrió

sus puertas al público en 1991 convertido en la Casa Museo de Karen Blixen.

Siete cuentos góticos (1934) es, en propias palabras de la autora, un «libro de disparates», el término más adecuado que podía encontrar para referirse al *non-sense humour* inglés presente, por ejemplo, en *Alicia en el País de las Maravillas* de Lewis Carroll. La obra es una recopilación de cuentos fantásticos, ambientados en una época muy anterior a la de Karen Blixen y con tan poca relación con África como se pueda imaginar. Pero la capacidad narrativa subyacente, que la autora conoce de las sagas nórdicas, parecía unirse al placer infinito del relato, descubierto en su encuentro con los africanos, capaces de convertirlo todo en una historia. Al año siguiente se publicaba la versión en lengua danesa del libro, también escrito por la propia autora. Finalmente se reveló su identidad y la acogida del libro en Estados Unidos, Inglaterra y Dinamarca la animó a incorporar a sus obras la temática africana, de gran trascendencia para su vida personal. Había anticipado que escribiría un libro sobre la vida en la plantación, centrándose particularmente en su relación con los nativos. No obstante, el libro resulta más bien como un mito seductor acerca de un paraíso perdido. El éxito de *Out of Africa* o *Den Afrikanske Farm* (*Memorias de África*) supuso que aumentasen las visitas a Rungstedlund y se multiplicaran las entrevistas, que versaban sobre temas como la mujer africana y sus condiciones de vida.

Prólogo

Vinter-Eventyr (Cuentos de invierno), de 1942, se publicó, al igual que *Gengældelsens Veje* (Vengadoras angelicales), de 1944, en un entorno de profundas dificultades durante la Segunda Guerra Mundial. Ambos libros recibieron igualmente la mención de *Book-of-the-Month*. En los años cincuenta, Karen Blixen destacará también como ensayista, escribiendo, entre otros temas, sobre la experimentación con animales, frente a la que se posiciona como acérrima detractora. La admiración y el respeto por los animales salvajes en África constituyen el punto de partida de su crítica postura. La recopilación de cuentos *Sidste Fortællinger* (Últimos cuentos), de 1957, y *Skabne-Anekdoter* (Anécdotas del destino), de 1958, incluye algunos relatos previamente publicados en la revista norteamericana *Ladies' Home Journal*. La andadura literaria de Blixen se completa con su última publicación, *Skjygger paa Graeset* (Sombras en la hierba) de 1960, donde retoma la temática africana con la perspectiva que le conferiría el transcurso de treinta años.

En la década de los cincuenta, Karen Blixen apareció mencionada en repetidas ocasiones como candidata al Premio Nobel de Literatura, aunque nunca sería laureada. No obstante, el reciente acceso a los archivos del Premio Nobel ha confirmado efectivamente su nominación. Su persona y su obra iban despertando un creciente interés en el extranjero, siendo cada vez más los entrevistadores o escritores de otros países que acudían a su encuentro, como Eugene Walter, autor de la entrevista para *The Paris*

Reviem, la más extensa de esta colección. El legendario crítico literario francés Bernard Pivot se citó con Karen Blixen en París y relató su encuentro en *Le Figaro Littéraire*. Conversaron también sobre el Premio Nobel que, en opinión de Karen Blixen, debía otorgarse a Jean Anouilh, aunque acabó proponiendo a Pivot que podrían volver a reunirse cuando fuese ella la ganadora del premio.

En su entrevista con Daniel Gillès para la televisión belga, Blixen expresa con extraordinaria belleza sus experiencias en la vida. A la pregunta de Daniel Gillès sobre cuál sería su respuesta a un grupo de jóvenes deseosos de saber qué le ha enseñado la vida, la baronesa responde: «Yo les diría que, ante todo, deben ser valientes. Sin valentía no hay forma de vivir. Y si me volviesen a preguntar, añadiría que es imprescindible poseer el don de amar y un buen sentido del humor».

Esperamos que también el lector de esta selección de entrevistas se deje inspirar por los sabios consejos de Karen Blixen y se acabe despertando en él un interés por leer —o releer— las obras de la autora. A continuación se presenta un total de siete entrevistas, cifra que resultó ser mágica en la vida de Karen Blixen: fallecería un siete de septiembre a la edad de setenta y siete años tras haber publicado siete obras, la primera de ellas titulada *Siete cuentos góticos*.

Disfruten de la lectura.

KAREN BLIXEN



I
CONCÉDANLES DOSCIENTOS AÑOS
MÁS DE PAZ

Por Jobs Jacobsen. Politiken, 3 de octubre de 1937

«¿Qué le gustaría que le contase sobre mi libro? Lo único que sé es lo que ya está escrito. En cuanto a si merece la pena, le aconsejaría que lo leyese usted mismo. No tengo ninguna otra palabra ni ninguna otra idea que añadir: está todo escrito. ¡Y le aseguro que no ha sido tarea fácil!».

Allí sentada se encontraba la baronesa Blixen, tierna y frágil, acurrucada en un cálido sofá. Jamás resulta ser como uno la imagina. Presenta miles de facetas, pero al igual que en la novela de fantasía africana *Ella* de Rider Haggard, es en todo momento «*la que debe ser obedecida*». En su mano, se revela una nueva y misteriosa magia: es una mano revoltosa y llena de vida, con una fortaleza en los dedos digna de un virtuoso del violín; veloz como el rayo y con una precisión milimétrica.

No es ya Isak Dinesen, sino Karen Blixen. Se ha despojado de la máscara que ocultaba su nombre. ¿Qué le podría preguntar después de tan reveladora presentación? La baronesa encendió un cigarrillo y la llama amarilla se reflejó en sus ojos, de un marrón tan oscuro que apenas se podía distinguir.

Extraño, incluso increíble, podría resultar en ese instante que esta persona huraña y encogida hubiese sido propietaria de más de seis u ocho mil acres de tierra, hubiera estado a cargo de varios cientos de sirvientes africanos y que se hubiese dedicado a cultivar toneladas de café igual que un hombre hasta que las langostas y la caída de los precios la obligaron a abandonar su plantación en Kenia.

Extraño... mas, en el fondo, parte de la magia.

—¿Su libro trata sobre África?

—Es una narración verídica de mis experiencias en el continente. Viví en Kenia durante dieciocho años, los mejores de mi vida; por eso tiene tanto significado para mí y siento tanta añoranza. Aquí son muchas las puertas que se cierran para una persona que haya estado ausente una larga temporada. No estuve aquí durante la guerra y tampoco viví la penuria de la posguerra. Algo tan estremecedor como la Gran Guerra no se termina simplemente porque se haya firmado la paz. La mentalidad humana en su totalidad ha cambiado, pero allá donde yo me encontraba, a dos mil metros sobre el nivel del mar y justamente debajo del ecuador, no había guerras.

—¿No siente como si no tuviese hogar?

—En absoluto. Me encuentro aquí en Rungsted, en el antiguo hogar de mi infancia, donde antaño escribió Johannes Ewald y también mi padre, encarnando al cazador Boganis.

Esos dieciocho años de la vida en los que uno se convierte verdaderamente en adulto son los mejores.

—¿De verdad es posible saber cuáles han sido los mejores años de su vida antes de hallarse en el lecho de muerte?

Karen Blixen rompió a reír. Despreocupada, espontánea, como una niña:

—No. ¡Cómo se podría saber!

—Dentro de unos días se va a publicar mi libro —anunció la baronesa, incorporándose con presteza. Se levantó y regresó trayendo consigo un pesado volumen enviado por la editorial Gyldendal. Se trataba de un libro de unas cuatrocientas páginas que en la portada mostraba la imagen de un árbol de ramas tiesas y simétricas, similar a un abeto y con todas las hojas en punta, como si fuese un árbol de papel recortado.

El tronco, las ramas y cada una de las hojas llevaban trazadas palabras escritas en caracteres místicos, probablemente árabes.

—¿Qué tipo de árbol es?

—No lo sé, pero tiene un significado. Uno de mis sirvientes me dijo un día: «tengo un regalo para ti que te va a gustar». Cuando me presentó esta imagen, también yo le pregunté:

—¿Qué quieren decir estos signos?

—No lo sé —respondió—. Este mismo árbol me lo regaló a mí un sacerdote mahometano, y lo que está escrito en las ramas y las hojas es algo muy importante y serio. Por eso debes tenerlo.

—¿Los mahometanos están bien vistos en Kenia?

—Son gente noble —afirmó la baronesa— con una moral elevada y excelente. Es muy diferente a la nuestra, pero repleta de seriedad y fortaleza.

—Me han dicho —me comentó en cierta ocasión una joven— que allí de donde viene usted, en un lugar muy al norte, existe una tribu que no vende a las mujeres. ¿Cómo son capaces de tolerar tal humillación?

Entre ellos, una mujer es siempre propiedad de alguien, y ella se siente orgullosa de su valor. Se la considera una rareza y se encuentra muy solicitada, pues las mujeres escasean en un lugar donde cada hombre tiene varias esposas.

—¿Que si no es una humillación? ¡Pero si son ellas las esclavas!

—No vaya usted a pensar. Las mujeres de estas tribus dominan al hombre. Lo que mueve al hombre a salir de caza y a buscar riqueza es el poder satisfacer cada uno de los deseos de la mujer. Los varones son abstemios y, aparte de las mujeres, no tienen nada en que gastar el dinero. Luego ellas ya sabrán cómo sacarles beneficio, son quienes mandan.

Pero en lo que se refiere al matrimonio, podría relatarle un sinfín de bellas anécdotas.

Un distinguido joven, conocido mío, contrajo matrimonio mientras yo estaba en Kenia. Se había criado en Londres e iba vestido al estilo europeo. Pero el día de la boda, a la que me invitaron, iba ataviado con la suntuosidad oriental de su linaje y me saludó con los brazos cruzados. De su cinturón colgaba un fastuoso látigo con el que castigar a su joven esposa si esta osaba contradecirle. El látigo es simbólico y adquiere un significado importante en el matrimonio. Pero ese látigo que el hombre usa para la esposa solo puede utilizarlo con su caballo; si golpea a una vaca o a un perro con ese mismo látigo, se convierte en motivo de divorcio.

—¿Y dicen las mujeres que hay una tribu en el Norte que humilla a sus mujeres?

—¿Y acaso tienen nuestros hombres motivos para estar tan orgullosos? —manifestó Karen Blixen—. Fíjese en este libro genealógico, que recoge la historia de mi familia a lo largo de trescientos años: habla única y exclusivamente de los hombres. Sus vidas y hazañas aparecen descritas al detalle con las particularidades que hemos podido recopilar. Sobre las mujeres nada se menciona, aparte de escuetas referencias a que tal hombre contrajo matrimonio con tal o cual mujer. Sin embargo, al leer las cartas familiares y los documentos que conservamos veo cómo las mujeres son esa abrumadora fuerza motriz detrás del trabajo del hombre.

¿Por qué olvidarnos de las mujeres? ¿Por qué dejarlas de lado? ¿Realmente se atreve a afirmar que nuestros hombres se comportan mejor con las mujeres que el mahometano con el látigo especial para mujeres y caballos?

—Nuestras mujeres son cada vez más independientes. Tienen derecho a voto; forman parte activa de la sociedad.

—También en eso pienso con frecuencia, y me regocijo de poder ir donde me apetezca, conducir mi automóvil, viajar en tren o en barco y ser en todo momento libre y respetada. Pero esto no se lo tengo que agradecer a los hombres, sino a mujeres como Clara Raphael y todas las demás; fueron ellas las que consiguieron la libertad para la mujer en el mundo del hombre blanco. No se dejaron amedrentar por las burlas ni por la persecución vejatoria a la que se vieron sometidas por el hombre. Y es gracias a ello que yo soy una persona independiente.

Entonces Karen Blixen adoptó otra de sus facetas. Abandonando su mofa sobre la diezmada intolerancia del hombre blanco, se adentró en un viaje hacia el país de su corazón, Kenia, para hablar de las nobles tribus mahometanas de Somalilandia y de los nativos kenianos más primitivos, que eran sus sirvientes. Niños y animales aparecían a modo de destellos en su relato. Su mayordomo contrajo matrimonio y tuvo un hijo, y este chiquillo africano dio origen a toda una historia, pese a ser tan pe-

queño y de tan corta edad. No se dejaba asustar, y resultaba divertido ver un ser que jamás se dejaba asustar, independientemente de lo que uno hiciese. Cuando correteaba por la granja, capitaneando a animales y a niños, ella le gritaba en danés la palabra *Krigsoverogunderkommandersergent*, de un cuento de Hans Christian Andersen. En medio de la más salvaje de las persecuciones, el joven era capaz de girarse y apresurarse a repetir esa terrible palabra antes de que ella lo hiciera.

Habló de las chicas, que se comportaban con extremo decoro, pues era preciso mantener su precio hasta que llegase el gran comprador.

Explicó que las jóvenes en Kenia se afeitaban por completo el cabello de la cabeza. Con los años, uno se acostumbra a la calvicie, que al final parecía simbolizar la verdadera dignidad de la mujer, mientras que el cabello concedía más bien un aspecto desfavorecedor, desaseado, como si de una especie de barba se tratase.

Un cuadro de una quinceañera con el pelo afeitado, bella y encantadora. —Yo misma la he pintado —afirmó Karen Blixen— y aquí tenemos un hombre, un anciano africano. Fíjese en su cara: paciente como un animal, ¡tan respetable!

—¿Es usted pintora?

—Pues... estudié en la Academia de Bellas Artes cuando era joven.

—¿Cómo es capaz de recordar los miles de detalles que describe en su libro? Nombres, fechas,

acontecimientos, una representación de tantos destinos humanos y sucesos a lo largo de toda una vida.

—¡Son demasiadas las cosas que he olvidado! Si pudiera recordar mejor, podría... pero tan solo me gusta narrar cuando hay alguien dispuesto a escucharme. En Kenia siempre se cuentan historias, no teníamos ni radio ni películas, y con frecuencia mis sirvientes venían a sentarse junto a mí y me decían: «Ahora te voy a contar algo que sucedió de verdad. Había una vez...». Sí, me sentaba allí, completamente alejada del mundo, y escuchaba a chicas y chicos contar historias de *Las mil y una noches*, obra que nunca habían leído. Estas historias llegaban cabalgando a lomos de un camello con los viajeros y eran sin lugar a duda más osadas que las de la recopilación que conocemos.

—¿No se había iniciado todavía el mestizaje?
¿Qué opinaban las chicas de los hombres blancos?

—¡Nada bueno! ¡Un chico con ropas grises y rostro gris! No sabe lanzar una lanza, ni tirar con arco, y ¡qué débil parece si se le compara con los propios jóvenes de la tribu!

Pero las chicas eran tan bellas que no me costaba entender que un hombre blanco pudiese enamorarse perdidamente de ellas, con su piel de terciopelo y una figura tan recta y tan libre como árboles jóvenes creciendo al sol. Había un color intenso en esta tierra, esta noble tierra de nobles

gentes con más color en la piel que nosotros, y también con más color en el alma.

La baronesa esbozó una sonrisa, como si estuviera pensando en unos chiquillos.

—Carecían de toda referencia. Cierta día le di a un grupo de hombres la orden de construir unas casas para las familias. Debían disponerse en línea y no tardaron en estar erigidas. Pero cuando fui a verlas, resultaron estar torcidas y ahuecadas, distribuidas aleatoriamente las unas entre las otras en lugar de estar alineadas.

Entonces me enfurecí y les solté una reprimenda. «No os soporto», dije, «¡sois como cabras y ovejas!».

Aguantaron mi enfado con decoro, y cuando hube terminado me preguntaron:

«Mira, ahora ya nos has regañado. Pero ¿por qué deben las casas estar construidas con tanta precisión y por qué han de estar en línea?».

Así era mi gente, pero esa era una de las razones por las que les adoraba.

Les daba clase y eran excelentes en cálculo y matemáticas. En las escuelas de la Misión aprendían sólo religión y salmos.

—Pero ¿qué piensa entonces sobre el futuro de este pueblo?

—Si se les envía una legión de competentes hombres de negocios equipados con todo tipo de tecnología, se hundirán. Deben introducirse al progreso tecnológico paulatinamente, como los

groenlandeses. Sin duda que pueden aprender a conducir y a volar, pero la verdadera afición por la técnica es algo que solo se puede desarrollar con el paso de los siglos.

O ¿qué le parece? —preguntó la narradora de historias con una pícara sonrisa— ¿no cree que Sócrates, las cruzadas y la Revolución francesa fueron necesarios para poder llegar a fabricar automóviles y aviones?

Concédanle a mi gente africana doscientos años.
¡A nosotros nos hicieron falta dos mil!